



LA PERDICIÓN DEL ALFA



Primeras páginas

___¡¡¡LO VAIS A FLIPAR!!!___

Autora: @pujadascristina

Nota de la Autora

Muchos me habéis preguntado si La perdición del alfa es una continuación de Lobos de Dóen.

No lo es.

Pero eso no significa que no vayáis a reencontrarlos.

Tal vez...

¡Feliz lectura!

Enero 2024

Cristina



DANIEL estaba detrás de la barra. Llevaba la melena sujeta en la nuca y se apreciaba en su rostro una barba incipiente que todos sabíamos que dejaría que creciera a su libre albedrío unos cuantos días más antes de que, al final, decidiera recortarla cuando la espuma de la cerveza dejara un evidente rastro sobre ella. Era un lobo de aspecto feroz, aunque su carácter era templado; si tuviera que describirle con un único adjetivo, de él diría que es observador.

El local que regía el mayor de mis betas era poco más que un antro de pueblo de aspecto y reputación cuestionables. No era nuestra intención que fuera de otra manera, porque así gozábamos de cierta libertad y nuestros vecinos optaban por frecuentar el resto de los locales, dejando nuestro garito para los quehaceres de la manada.

Que no quiere decir que los humanos tuvieran vetada la entrada, o algo así, básicamente porque ni siquiera sabían que nosotros existíamos y, menos aún, que aquel sitio de luces tenues y aspecto un tanto tétrico, con un par de billares y un futbolín, era algo así como el eje social de nuestra peculiar y peluda familia. Si lo supieran, posiblemente no pondrían un pie dentro ni bajo coacción o pena de muerte. He de admitir, además, que nos habíamos esmerado en que el local no fuera especialmente atractivo a la vista, para que no se convirtiera en un lugar de moda en el que no pudiéramos sentirnos un poco como si fuera nuestra casa. Para muchos de los lobos de la manada —entre los que me incluyo— «El bar de Daniel» era uno de esos lugares favoritos que todos tenemos en el mundo.

Detrás de la barra había una puerta que daba a un almacén y, desde allí, una trasera maltrecha que daba al bosque. Un lugar por el que entrar y salir sin ser vistos cuando correteábamos a cuatro patas. Todo lobo era bienvenido a hacerlo siempre que quisiera y muchos solíamos dejar algo de ropa entre las cajas de refrescos, cervezas importadas y alguna que otra pijada con la que Daniel pretendía sorprendernos de tanto en tanto. Lo de ser lobo está bien, lo de ir en pelotas en pleno pueblo es otra historia. Más aún cuando se supone que formas parte de la autoridad del lugar, porque por no tener no teníamos ni comisaría de Policía.

Entre las estanterías repletas de cajas y un baño cuya cisterna goteaba desde hacía media década, pero que nadie había mostrado el sano interés de hacer algo para remediarlo, había una escalera de caracol metálica que daba al piso superior. Oficialmente, solo Daniel vivía allí, pero lo cierto es que tanto su hermano Silas como yo pasábamos largas temporadas instalados en el primer piso con él.

Yo podía excusarme diciendo que era el lugar donde pernoctaba cuando quería quedarme en el pueblo, porque mi verdadero refugio, mi hogar, era una casa aislada en medio del bosque, lejos de todo. Y de todos. Silas, en cambio, vivía en una de esas viejas casas de pueblo de las afueras a las que se llega en apenas un paseo o en unos pocos minutos al trote, un lugar al que podría acercarse incluso estando borracho; con todo, seguía teniendo su habitación en el primer piso y hacía uso de ella tanto como le venía en cara. Estaba bien así, porque seguíamos estando los tres juntos, aunque fuera de tanto en tanto, como cuando nos vimos con el marrón de ocuparnos de la manada siendo poco más que unos críos.

Admito que yo no era el alfa más accesible del mundo y que agradecía que mis betas fueran los que llevaran el peso en cuanto al tema de la sociabilización con el resto de la manada. En cambio, no tenía reparo alguno en morder para remarcar mi autoridad cuando era necesario y había aprendido que la jerarquía a veces tenía que imponerse por la ley del más fuerte.

Vi como Silas entraba en el local con aspecto enojado. Algo que no sucedía habitualmente, porque solía ser alegre hasta el punto de que a veces escocía más que un grano en el culo. Daniel, al menos, no irradiaba esa especie de fe perenne en que ser feliz era una cuestión de actitud y no de suerte. Le observé llegar hasta mi mesa en unas pocas zancadas. No le sorprendió encontrarme solo, incluso si había varias mesas con lobos en el local en esos momentos. En general, solían dejarme tranquilo y no me incomodaban si no les daba pie a hacerlo. Era algo así como una regla no aullada al viento: no le toques las pelotas a tu alfa o asume las consecuencias.

Funcionábamos bien si todos seguían esa premisa.

—Estamos jodidos —masculló Silas golpeando con un papel arrugado la superficie de la mesa—. Lo del excursionista no ha pasado desapercibido.

Miré a mi beta, frunciendo el ceño, mientras cogía aquel impreso que, por el aspecto enojado de Silas y la forma en la que me lo había ofrecido, tenía números de estar maldito o ser la causa de su cabreo. Me decantaba más por lo segundo.

Dos lobos sentados en el otro extremo del local nos miraron, pero se limitaron a permanecer callados. Mejor. El único que se atrevió a intervenir fue Daniel, que salió de detrás de la barra después de lanzar contra el escurrerplatos el trapo con el que había estado secando varios vasos. Se acercó a nosotros y se sentó junto a su hermano. Sus rastros tenían un algo en común, pero su aspecto no tanto: el cabello de Silas era castaño, aunque tenía algunos tonos entre cobrizos y dorados, mientras que el de Daniel era varios tonos más oscuro, igual que su pelaje, que le daba un aspecto más fiero cuando estaba en su versión animal. Sí tenían en común esa mirada inteligente, la forma

de arrugar la nariz cuando algo les molestaba y una tendencia irritante a llevarme la contraria y poner a prueba mi paciencia. Que era poca, no lo negaré.

—¿De qué va eso? —me cuestionó al ver que, tras leer el contenido del texto, arrugaba el papel hasta convertirlo en una maltrecha bola y lo tiraba sobre la mesa con un gesto que mostraba que mi estado anímico estaba poniéndose a la altura del de Silas.

—Los de la central quieren meter las narices en Pardines. —No hizo falta que especificara mucho más. Silas y yo éramos guardas forestales, pero como no había una comisaría de Policía propia asumíamos, de tanto en tanto, sus funciones dentro del pueblo y no solo en sus alrededores.

Teníamos una pequeña caseta a las afueras que hacía de centro de información para excursionistas y base de control de operaciones, aunque no solíamos pasarnos demasiadas horas allí dentro porque el trabajo burocrático nos repateaba y hacíamos lo mínimo para cubrir los expedientes.

Con lo del excursionista habíamos tenido a la pasma encima durante un par de semanas, pero al final todo había acabado en nada. Afortunadamente. Sin embargo, una delegación especializada en desapariciones y catástrofes naturales había decidido meter también sus narices en el caso. De ahí que el papel hubiera acabado hecho un ovillo sobre la mesa; si hubiera chimenea lo hubiera tirado dentro para que se convirtiera en poco más que un montón de cenizas.

—Que lo hagan. —Daniel se encogió de hombros, como si aquello le importara una mierda. Era el menos temperamental de los tres, pero eso no quería decir que no fuera letal cuando se lo proponía.

—Van a ponernos un interventor —masculló entre dientes Silas. Consiguió no gruñir, pero no porque le faltaran ganas. Si lo hubiera hecho no habría sido una gran tragedia, porque aunque una de las mesas estaba ocupada por un par de vejestorios del pueblo, que se habían aficionado a venir a la taberna de Silas a jugar al dominó mientras bebían una cerveza fría, estaban prácticamente sordos.

—¿Un interventor?

—Un forestal lameculos con algún título que está en un departamento de catástrofes y desapariciones —le contó Silas—. Vendrá a supervisar nuestro trabajo sobre el terreno. No nos piden nuestra opinión o conformidad al respecto, sino que le facilitemos todo lo que nos pida.

—¿Piensas bajarte los pantalones? —me preguntó Daniel. Le miré como si se hubiera vuelto estúpido. Silas rio por lo bajo—. Me lo imaginaba. Podríamos asustarlo... —Su rostro mostró una expresión traviesa.

—No es buena idea ponerle nervioso y que piense que hay una jauría de lobos hambrientos y rabiosos cerca del pueblo —masculló Silas—. Lo mejor es que hagamos lo que se nos ha pedido, pero voy a tener problemas para no darle un zarpazo a la mínima que se ponga gilipollas.

—¿Ha quedado algún cabo suelto? —Daniel negó con la cabeza y asentí—. Que busque, entonces.

—Pretendes hacer ver que vas a... ¿colaborar? —El menor de los hermanos Ilerdenc reía por lo bajo—. Por favor, Derek, eres incapaz de aceptar la autoridad de nadie, y menos aún la de un capullo burócrata chupapollas.

—Lo que me recuerda que a alguien no le importaría que le hicieran justamente eso. Llevas casi un mes en el dique seco y siendo tú... —se burló su hermano mayor.

Se llevó un gruñido bajo antes de que Silas le respondiera:

—Que te den. —Ignoré sus pullas.

—Intentaré alejarme de la oficina tanto como sea posible —decidí—. Silas, tendrás que ocuparte tú de... —Cogí la bola de papel y la abrí con desgana, pasando mi mano sobre su superficie para extender el papel arrugado sobre la mesa—: M. Anthony.

—Me lo veía venir. —Se encogió de hombros.

—Pórtate bien y no le muerdas —le advertí con gesto serio—. Cuanto antes decida que ya no hay posibilidades de recuperar a ese gilipollas, antes se irá y podremos seguir a lo nuestro.

—Sí, alfa —convino Silas, un poco a desgana.

—¿Necesitas algo de mí? —me preguntó Daniel, dispuesto a hacer lo que fuera necesario, sin titubear. Daba igual lo que le solicitara, ni siquiera me pediría una justificación, en caliente. Acataría la orden y la llevaría a cabo con letal perfección, no solo por el rango que ostentaba sobre él, sino también por los vínculos que habíamos ido forjando con el paso de los años. Aunque, tarde o temprano, acabaría sonsacándome; sabía esperar el momento apropiado para hacerlo, siempre con esa sutileza que le caracterizaba y que hacía que mi autoridad no se sintiera retada, incluso si a veces creo que me ninguneaba.

—Una cerveza bien fría. O, mejor, que sean un par. —Asintió con una media sonrisa lobuna y se levantó para volver a hacerse cargo de la barra. No tardó en rellenar cuatro jarras y traérnoslas a la mesa.

Lo bueno de que Daniel regentara aquel lugar era que Silas y yo bebíamos gratis, algo que, teniendo en cuenta que para tumbar a un lobo se necesitan un par de docenas como aquella, no es que fuera muy provechoso para el balance económico del negocio. Afortunadamente, los gastos de mantener el bar eran bajos: el edificio había sido de los padres de Silas y Daniel, pero se lo cedieron cuando yo asumí el liderazgo de la manada. Fue entonces cuando mi beta montó, a modo de tapadera, el bar. Lo hicimos rehabilitando lo que había sido un garaje, con la intención de tratar allí los temas de la manada; y, sí, en esas épocas las peleas allí no fueron pocas, de ahí la mala reputación que arrastraba.

Vivimos los tres, en el primer piso, durante algunos años, hasta que la presión de tener a todos los lobos cerca empezó a agobiarme y decidí buscar un lugar en el que aislarme, aunque solo pudiera hacerlo de tanto en tanto. Poco después, Daniel se encabronó con su hermano por todas las hembras humanas que subía al piso para follarse, haciendo que todos tuviéramos que husmear si estaba solo o acompañado antes de convertirnos en lobo, algo que era bastante molesto; de ahí que le animáramos

a comprarse una casa de pueblo en la que hacía lo que le venía en gana. Admito que muchas veces acabábamos los tres arriba, como en los viejos tiempos, pero sin humanas que nos jodieran el rollo.

La manada acabó aprendiendo que ese piso era un lugar seguro al que podían acudir cuando y como les viniera en gana. Sabían que encontrarían, como mínimo, a uno de mis betas, así que optaban generalmente por ir allí y no a mi casa, perdida en ninguna parte. Excepto en contadas ocasiones que solían ser, por definición, jodidas.

—¿Quieres que investigue al tal Anthony?

—¿Para qué? —le cuestioné—. Antes de que nos demos cuenta, vamos a tenerlo correteando por aquí.

—Supongo que se hospedará en la casa de Ammaiel —reflexionó Daniel en voz alta—. Le advertiré de que nos avise cuando se ponga en contacto con ella y que husmee entre sus cosas.

—Que sea discreta —le advertí—. Deberíamos avisar a toda la manada. No quiero lobos correteando cerca del pueblo, vamos a limitarnos a controlar el perímetro, y no quiero que nadie se le acerque si no es estrictamente necesario.

—¿No estás exagerando un poco, alfa? —Me encogí de hombros ante la expresión molesta de Silas.

Él era uno de los que disfrutaban correteando a cuatro patas la mayor parte del día. No es que lo hiciéramos dentro del pueblo, porque nuestro tamaño superaba con creces al de un lobo cualquiera y podría despertar un cierto estado de alarma, pero no era raro que alguien nos advirtiera de que había avistado a algún lobo *muy grande* en una excursión o un paseo nocturno.

No es que fuera Silas siempre ese lobo, pero de tanto en tanto le escuchaba preguntarle a nuestro parroquiano si consideraba que ese ejemplar en cuestión era aterrador o si mostraba una mirada inteligente. Cuando le veía esa expresión traviesa en el rostro era señal indudable de que era él quien se había dejado ver usando su forma lobuna. Le gustaba cachondearse del testigo haciendo que alabara o temiera las virtudes del animal que había avistado. Tenía ese punto de arrogante y presuntuoso, pero no solía tenérselo en cuenta.

Siendo realistas, si nos esforzáramos un poco, nadie en el pueblo tendría la más mínima sospecha de la presencia de lobos en los alrededores. Sin embargo, había aceptado y normalizado que hubiera avistamientos puntuales, como había hecho mi padre antes que yo, haciendo que no le dieran demasiada importancia al hecho de ver a uno de los nuestros. Eso era posible porque la manada tenía la premisa de no atacar a nadie del pueblo y que nadie, bajo ningún concepto, debía compartir nuestro secreto con un humano. Eso hacía que la convivencia fuera más o menos fácil, aunque manteníamos una sana distancia con los que no eran como nosotros.

Sociabilizábamos con dos manadas que estaban lo suficientemente lejos como para no tocarnos las pelotas los unos a los otros, pero facilitando al mismo tiempo que los jóvenes encontraran pareja cuando decidían sentar la cabeza y tener cachorros. Los líos

de faldas con machos o hembras humanos estaban permitidos, pero teniendo la certeza de que no podrían ser más que eso. Incluso si algunos hubieran deseado hacerlo, la orden de un alfa no puede vulnerarse, así que todos sabíamos cuáles eran los límites que definían nuestras vidas.

Todos, incluso Silas.

—Me ocupó de avisar a la manada de este asunto —intervino Daniel.

—Eres un gran alfa, pero cada vez te estás volviendo más aburrido —protestó su hermano menor—. ¿Seguro que no podemos simplemente ahuyentarlo en vez de colaborar con él?

—Madura, Silas.

Mi beta rio por lo bajo. No es que pensara realmente que esa opción fuera más útil para nuestros intereses, pero le repateaba ser él quien tuviera que jugar al papel de niñera con el forestal que nos iban a enviar y, encima, no poder sacar a su lobo de caza durante el tiempo que estuviera el tipo por el pueblo. Su mirada se oscureció ligeramente cuando añadió:

—¿Sabes?, igual tienes razón... deberíamos *madurar*. —Esta vez fui yo el que gruñó por lo bajo, porque llevaba un par de meses jodiéndome la vida con aquello. No hacía falta que dijera más, porque sabía perfectamente a lo que hacía referencia, pero supongo que tenía ganas de vengarse por la mierda que le acababa de encasquetar—. Los viejos se están empezando a poner nerviosos y lo sabes. Tienes treinta y dos tacos, va siendo hora de que te busques una loba a la que preñar.

—Deja al margen mi vida personal.

—El problema es que no es solo tu vida, y lo sabes, Derek —me pinchó el cabrón—. La manada necesita asegurar su continuidad.

—Tal vez podríais probar vosotros a buscaros una pareja en vez de jugar a folletear con la primera turista que pasa —le reté alzando el mentón, recordándole el parentesco que existía entre nosotros y el hecho de que le daba igual si eran rubias, morenas o pelirrojas: si la humana en cuestión tenía buenas tetas acababa metiéndose entre sus piernas, aunque raramente repetía con una misma mujer, creo que para asegurarse de no acabar encariñándose de ella. A las lobas las evitaba, argumentando que siempre estaban acechando para hincarte el diente y emparejarse contigo, algo que para un lobo implicaba un compromiso inquebrantable.

—A mí déjame al margen —protestó Daniel.

—Pues eres el mayor de los tres —remarcó Silas, con esa sonrisa lobuna un tanto siniestra.

—Necesito algo más que una cara bonita y unas tetas generosas para atarme el resto de mi vida a una loba —negó él. A diferencia de su hermano, Daniel solo se acostaba con lobas por una cuestión de principios. Había tenido algún encuentro fortuito, puntual, con un par de lobas del pueblo y había mantenido una relación durante unos cuantos meses con una loba de una de las manadas vecinas, pero creo que aquello

hubiera durado mucho menos si no se hubieran visto tan solo los fines de semana. A Daniel no le gustaba que le atosigaran.

No era la primera vez que le oía aquel discurso con un deje de romanticismo; y admito que había usado sus palabras, no textualmente, cuando los viejos empezaron a presionarme con eso de que eligiera esposa para asegurar que hubiera un futuro alfa que guiara a la manada. De eso hacía ya cinco años, lo recuerdo porque aprovecharon la celebración de luna llena de mi primera década como alfa.

Muchos de los lobos que habían jugado conmigo cuando éramos niños ya se habían establecido y tenían sus propios cachorros. De ahí que empezaran a ponerse nerviosos. No negaré que tenían sus motivos. Silas, Daniel y yo éramos la resistencia y, por mucho que me criticaran mis betas, era un ejemplo pésimo en lo referente a las relaciones y a las lobas.

Admito que a veces pensaba al respecto. No sentía la necesidad de marcar a una hembra para que su afecto fuera exclusivamente mío y que fuera la madre de mis cachorros. Más bien al contrario. Me repateaba tener que compartir mi libertad y ese lugar que ahora era mi hogar y en el que podía aislarme del mundo, de las voces de otros lobos, de las expectativas y las responsabilidades.

Si un día me pasaba algo, Silas y Daniel lo harían bien dirigiendo a la manada, pero eran betas y su autoridad podía ser cuestionada, pese a su ascendencia: eran nietos de la hermana menor de mi abuelo, que también fue alfa tiempo atrás. Mi padre le siguió y yo hubiera sido sumamente feliz si, tras su muerte, hubiera sido su primo, el padre de Silas y Daniel, el que hubiera cogido el relevo de liderar la manada, pero la vida tiene ese tipo de cosas: cuando quiere joderte, lo hace a lo grande; así que heredé, con diecisiete años, una manada de licántropos que parecían no ser capaces de ir a cagar si yo no decía la última palabra, pero estaban más que dispuestos a matarse los unos a los otros si la jerarquía no se reestablecía.

Los lobos tienen esas cosas: cada uno tiene que saber exactamente cuál es su lugar. Si esa estructura está bien definida, las cosas van bien. Tardé mi tiempo en aprenderlo y tuve que dar más mordiscos de los que me enorgullezco, pero la ley con sangre entra, al menos entre los que éramos más bestias que hombres.

Silas y Daniel siempre estuvieron allí, para mí, durante aquellos complicados años. Al menos no tuve que pasar por aquello solo, incluso si el peso de la responsabilidad y la toma de decisiones siempre había pesado sobre mis hombros, como debía ser, porque yo era el alfa, por mucho que me repateara. Sin embargo, en cuanto a lo de la descendencia, mis dos betas descendían del mismo linaje que yo, así que existía la posibilidad de que uno de ellos engendrara a un alfa. Era menos probable que no que lo hiciera yo, siendo realistas, pero no imposible. El problema era que ninguno de ellos tenía más predisposición a tener retoños que yo.

Cuando éramos poco más que unos muchachos, acabábamos bañando en alcohol los días nefastos. No es que me liberara de mis tormentos personales, pero durante unas horas los hacía más llevaderos. Decidí hacer justamente eso aquella noche. Muy maduro

por mi parte, supongo. Daniel cerró el chiringuito a eso de las diez, pero los tres acabamos en la barra rellenando nuestras jarras según las vaciábamos, con los gritos de fondo de los hinchas de un partido de fútbol americano que retransmitía la vieja pantalla que colgaba de una de las esquinas del bareto. Los chillidos y el barullo de la televisión nos venían bien porque amortiguaba nuestras propias palabras, las risas y también los gruñidos.

He de admitir que, como alfa, mi vida sería una mierda si mis dos betas no estuvieran a mi lado. Eran lo más parecido a una familia que me quedaba: con ellos podía ser solo yo, Derek. Fuera de aquellas cuatro paredes yo era para todos y cada uno de los miembros de la manada el alfa, a secas; alguien a quien temer y respetar a partes iguales. Para el resto del pueblo, era Derek Udola, el forestal que llevaba siempre el ceño fruncido y usaba las palabras justas, pero no más. Silas era más accesible, así que en general era él quien solía atender sus demandas. Igual que haría con M. Anthony. Incluso si protestaba, sabía que bordaría el papel. Si no fuera un lobo, tal vez podría haber hecho carrera de actor.

Sí, me había adaptado. A lo que era.

Y a lo que se esperaba de mí.

Hasta que piernas largas vino a Pardines. A joderme la vida.